

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

Domingo 10 de Julio

XV Domingo del Tiempo Ordinario – Ciclo C

Deuteronomio 30,10-14

Salmo 68

Colosenses 1,15-20

San Lucas 10,25-37

“Ve y haz tú lo mismo”

Las lecturas que nos ofrece la liturgia de hoy nos invitan a reflexionar sobre un tema de suma importancia, a saber, la práctica de la misericordia. Dios, que ha visto el dolor de la humanidad, se ha hecho prójimo de ella a lo largo de su historia.

Así, el Evangelio nos presenta la invitación de Jesús a practicar la misericordia haciéndonos próximos a los que sufren. En el salmo vemos cómo el salmista implora la misericordia de Dios en medio de sus dificultades, con la confianza en que recibirá la ayuda que espera alcanzar de parte de Dios. La Carta de Pablo a los Colosenses nos invita a reconocer en Jesús el rostro misericordioso del Padre que quiere reconciliar consigo todas las cosas. Finalmente, el texto del Deuteronomio es una invitación a cumplir con los mandatos del Señor.

El pasaje del Evangelio de Lucas nos presenta una conversación entre Jesús y un doctor de la ley. De acuerdo con lo expresado en ella, el doctor de la ley le planteó a Jesús una pregunta con la intención de ponerlo a prueba (Lc 10, 25). Así, al interrogar por lo que debía hacer para alcanzar en herencia vida eterna, es interpelado por el Señor, quien lo remite a lo que está mandado en la ley. Ante esto, el legista, conocedor de la Torá, responde acertadamente que lo que debe hacer es amar a Dios y al prójimo. Sin embargo, señala Lucas que el doctor de la ley, “queriendo justificarse, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?” Esta pregunta se convertirá en el tema central de la conversación y, por tanto, de la enseñanza de Jesús.

Para responderla, Jesús narra la parábola que conocemos como la del “buen samaritano”. Al describir las actitudes que tuvieron las personas que pasaron junto al hombre herido en medio del camino, Jesús interpela nuevamente al doctor de la ley preguntándole cuál de los tres ha sido el prójimo del herido, ante lo cual el doctor de la ley responde que el prójimo fue aquel que lo trató con misericordia. Con esto, Jesús muestra una manera novedosa de comprender lo que significa ser prójimo.

La imagen de este hombre herido en el camino, ha estado presente a lo largo de la historia de la humanidad. En la historia del pueblo de Israel vemos cómo este pueblo sufrió las heridas de la esclavitud en Egipto, pero vemos también cómo Yahvé, movido por su entrañable misericordia, se hizo prójimo de este pueblo, no sólo liberándolo de la esclavitud sino también acompañándolo a lo largo del paso por el desierto y proveyéndolo de todo lo necesario para su sustento hasta entrar en la “tierra prometida”.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

De allí que el salmista, que conoce bien la historia de su pueblo, y por tanto la misericordia que Yahvé ha tenido con ellos, no duda en recurrir al Señor en medio de su angustia, seguro de que alcanzará lo que espera: *“Pero yo, Señor, a ti dirijo mi oración en el momento propicio; por tu gran amor respóndeme, oh Dios, con tu fidelidad salvadora”* (Sal 68, 14).

De igual manera, la Carta de san Pablo a los Colosenses es un testimonio del amor misericordioso de Dios que, en su Hijo Jesucristo, se ha hecho prójimo de la humanidad, sanando por medio de Él la herida causada por el pecado, *“reconciliando consigo todo lo que existe, restableciendo la paz por la sangre de la cruz tanto entre las criaturas de la tierra como en las del cielo”* (Col 1, 20).

¿De quiénes nos pedirá Dios hoy que nos hagamos prójimos en nuestro país agobiado por un conflicto armado de más de medio siglo, que ha dejado innumerables víctimas que claman consuelo en medio de su dolor?

Quizá el testimonio de Luz Mery Estrada, una de las víctimas de la masacre de Machuca, nos ayude a pensar en la posibilidad de hacernos cercanos a tantos colombianos que sufrimos esta guerra. Luz Mery lleva no sólo en su cuerpo las cicatrices de aquella explosión que le quemó la cara y parte su cuerpo, sino también en su corazón las heridas causadas por esta violencia absurda.

Yo no creo mucho en el proceso de paz, aunque a veces pienso que no habría tanta gente sufriendo. Yo, que lo he vivido, no quiero que les pase a otros. **Pero con tanta corrupción es tan difícil creer... En mi corazón no hay odio. Es más bien como una tristeza.** La tristeza de pensar que ellos son seres humanos iguales a nosotros y que no se miden en lo que hacen ni en sus consecuencias. Y para perdonar hay que olvidar, pero el dolor sigue ahí. Eso no se olvida”¹.

Su vida, marcada por la muerte de su esposo y uno de sus hijos a manos de los violentos, se convierte para nosotros en una interpelación tal como lo fue la de Jesús al fariseo, un llamado a sanar las heridas que hay en el corazón de tantos hermanos nuestros que, como Luz Mery, han padecido el horror de la guerra.

Como cristianos, la misericordia es el gran mandamiento que debe estar al alcance de nuestro corazón y de nuestros labios, y que Dios nos pide cumplir hoy desde el amor a los demás (Cfr. Dt 30, 14). También en nuestro interior debe resonar hoy esa invitación de Jesús que nos llama a hacernos prójimos de los que sufren, por ello hoy Jesús nos dice: *“ve y haz tú lo mismo”* (Lc 10, 37).

<http://www.eltiempo.com/multimedia/especiales/victimas-del-conflicto-armado-en-colombia-la-historia-de-luz-mery-estrada/14392518>.

